

en CUBA

**AÑO DEL CINCUENTENARIO:
CUBA, primero. CUBA, después. CUBA, siempre.**

POLITICA

Una Charla Histórica.

ERAN las horas difíciles, tensas, que siguieron al cuartelazo de Columbia. En la Ciudad Militar reinaba la euforia, el festejo, la expectativa de ascensos; en el Palacio que ocupara el Ejecutivo, un vacío absoluto; en la embajada de México, entre el grupo naufrago de Carlos Prío y sus íntimos, desconcierto y depresión; en la calle, una mezcla evidente de indiferencia por los mandatarios caídos y falta de simpatía por sus sucesores. Fria, cautelosa, distante, la opinión pública esperaba los acontecimientos.

El nuevo régimen nacía entre sutiles contradicciones. Uno de sus voceros, el doctor Ramón O. Heredia, ministro de Gobernación acababa de anunciar algo sorprendente: el gobierno revolucionario garantizará la Constitución de 1940, mantendrá la independencia del Poder Judicial y respetará la representación popular que ostentan los miembros del Congreso, sus emolumentos y prerrogativas. Pero añadía una advertencia.

«Tenemos confianza en que un espíritu de cooperación patriótica por parte de los congresistas a la causa del orden, la paz y la estabilidad de la República haga innecesaria en Cuba la medida más radical de su disolución, como es costumbre en estos casos.»

El comentario de Ramón Vasconcelos, producido al pie de los primeros sucesos, refutaba el simulacro de constitucionalidad:

«Se ha recurrido, con absoluto abandono de los factores que la democracia pone en manos del pueblo, a métodos incompatibles con ella, y se ha quemado la Constitución porque unos gobernantes desaprensivos y deshonestos quebrantaban sus normas con lo cual se ha recurrido al cómodo cuanto bárbaro sistema de cortar la cabeza al que padece de jaqueca.»

Sin embargo, no había duda de que los nuevos gobernantes andaban buscando cierto viso de legitimidad, que trataba de legalizar el tránsito. Y, como era de suponer, brotaba fácil en la mente de ciertos políticos bien conocidos por su acomodación a las situaciones de

hecho el recuerdo de las previsiones constitucionales sobre la ausencia del Presidente y el Vice. Decía el artículo 148 de la Carta Magna que en caso de ausencia, incapacidad o muerte de ambos, los sustituirá por el resto del período el Presidente del Congreso; y el 149, previendo lo peor, señalaba: «En cualquier caso que faltaren los sustitutos presidenciales que establece esta Constitución, ocupará interinamente la Presidencia el magistrado más antiguo del Tribunal Supremo, el cual convocará a elecciones nacionales dentro de un plazo no mayor de noventa días».

En el seno de la séxtuple alianza despojada del poder pocos sabían a qué atenerse, pero esos pocos no perdían el tiempo. Se diría que hombres y partidos habían quedado atomizados; mejor oportunidad para que los intrigantes maniobrasen. El jefe liberal Suárez Rivas establecía contacto con «Tony» Varona:

«Yo creo, le dijo, que debemos propiciar una reunión de jefes de partidos a fin de analizar los acontecimientos y trazarnos un plan. No importa lo ocurrido, hay un hecho indiscutible: los partidos políticos son los vehículos indispensables para cualquier gestión...»

Algo importante ignoraba el senador villareño: un conterráneo suyo, más experimentado que él en virajes y componendas, tenía recorrido ya un largo trecho en la senda que él iniciaba. Se trataba del médico José Raimundo Andreu. Y no era el único: Alberto Inocente Alvarez y Lincoln Rodón laboraban sin descanso para proporcionarle fisonomía constitucional al golpe militar. La fidelidad política, la responsabilidad parlamentaria eran para ellos minucias intrascendentes. Lo que imperaba era la sensatez, el afán de supervivencia.

Andreu y Rodón, para apoyar mejor la maniobra, solicitaron el concurso de Suárez Rivas:

«Estamos —le manifestaron— en contacto con Saladrigas a fin de encontrar una «fórmula constitucional». Queremos hablar ampliamente contigo.»

El martes, a las once de la mañana, apenas podía darse un paso en la residencia de Andreu, en la calzada de Columbia. Aunque nadie lo confesaba, todos soñaban con

hallar una brecha de acceso al naciente gobierno. Apenas llegó Suárez Rivas, fué conducido a un aparte con el anfitrión: Raúl G. Menocal, situado entre ambos, intercaló una frase:

«Caballeros, el hecho es el hecho, y hay que aceptarlo.»

Sus interlocutores estaban lejos de escandalizarse. Suárez Rivas respondió:

«Sí, pero lo que yo quisiera saber es qué piensan los hombres que representan a Batista, porque no puede haber fórmula constitucional si el general no la auspicia.»

Pero Andreu —insuperable en la rapidez de su estrategia— tenía en otro salón de la casa al estirado «Yoyo» García Montes, aunque el emisario paupista produjo una cautelosa aclaración:

«Me parece útil y honrado manifestar aquí que tanto yo como Saladrigas y Santovenia no representamos cabalmente al general Batista. Eso sí, participamos de las mismas preocupaciones de ustedes, y, por supuesto, creemos que Batista verá con agrado una salida constitucional. Por algo no ha querido asumir el cargo de Presidente de la República. Además, él es hombre de formación jurídica muy desarrollada y no pierde de vista el encauzamiento constitucional.»

Vagos signos de admiración se insinúan en el ambiente. Suárez Rivas recordó al asilado número uno de la embajada azteca:

«Está bien, todo eso me parece justo, comentó, pero yo no puedo avanzar en esto sin consultar antes al doctor Prío Socarrás.»

Para sorpresa suya, descubrió que Andreu se le había adelantado igualmente en dicho terreno.

«Eduardo, le notificó el médico de Encrucijada, quiero decirte que Lincoln y Pastor del Río han salido ya a ver al Presidente Prío.»

Suárez Rivas hizo una mueca:

«Pero yo creo que deberíamos ir tu y yo. Por mi parte, ahora mismo voy a hacer contacto con él. Otra cosa importante es hablar con Hevia, que es nuestro candidato presidencial. Este golpe es también contra la alianza.»

El capítulo de reuniones se inició en grande. ESR, seguido por Zayas Bazán, dialogó con el ingeniero. Impasible y firme como siempre, Hevia emitió su decisión:

«Yo no me niego a discutir la fórmula, pero me reservo el derecho de aceptarla o no. Reuniré a la dirigencia del partido para estudiarla.»

Ese mismo día, Suárez Rivas charló con Diego Vicente Tejera, quien parecía absurdamente confiado en la integridad perreceista. El jefe liberal lo rectificó:

«Mira, «Dieguito», para que existiera esa unidad haría falta no tener candidato presidencial, pues así se obtendría el concurso de Varona, Lancis, etc.; pero tu sabes que cada uno tira por su lado. Además, viejo, ¿no estás viendo cómo hombres que todo se lo deben a Carlos Prío están corriendo a la Ciudad Militar?»

Ocho de la noche del martes: Andreu y Suárez Rivas hacían su entrada en el discreto chalet de A y Línea. Con los pies en territorio mexicano cambiaron impresiones con el depuesto Presidente, a quien rodeaban Hevia, Megias, Curti, Rubén de León, Aureliano... Andreu brindó las explicaciones preliminares:

«Pensando en lograr una solución de interés nacional —refirió con aire ladino, que desmentía sus propias palabras— establecí contacto con amigos de Batista como Saladrigas, Santovenia y García Montes. Estamos ante una situación distinta, nueva, y era urgente buscarle una salida.»

Suárez Rivas, como si quisiera distinguirse de Andreu, extremó su adhesión al Ejecutivo legítimo:

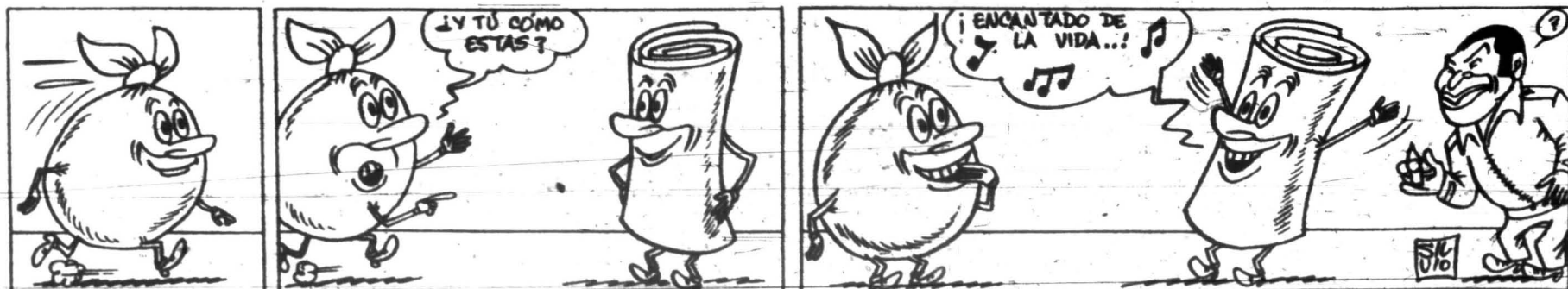
«Yo estoy aquí, aclaró, porque he sido invitado a afrontar esta situación y porque he planteado que no iré a nada sin antes verte, Carlos. No estoy dispuesto a aceptar fórmulas que tu no aceptes, ni se me puede hacer que vote tu destitución por ningún motivo. Eso ni mis padres lo conseguirían de mí. Sin embargo, Santovenia dice que estás en plan de renunciar. ¿Qué hay de cierto en eso...?»

«Visiblemente molesto, Megias lo interrumpió:

«Yo creo que no ha sido correcto estar planteando fórmulas en un minuto en que aún no se sabía si el Presidente Prío vivía o no. Siempre hay tiempo para recorrer ese camino...»

Andreu, sintiéndose aludido, respondió, friamente:

EL REYECITO CRIOLLO Por SILVIO.



—Yo quise hacer de esto una gestión de todos, pero tuve dificultades para establecer los contactos.

Megías, con firmeza:

—Pues a mí ha sido siempre fácil localizarme.

Y Carlos Prío negó tímidamente:

—Eso no es así, Eduardo. Yo me limité a decirle a Santovenia que buscara una fórmula. Eso es todo...

Así, pues, el propio Presidente constitucional hablaba el lenguaje del derrotismo. Rápido en sus decisiones, el senador villareño cambió bruscamente de rumbo:

—Mi opinión es que frente al hecho de fuerza incontrastable debe buscarse una fórmula de legitimación constitucional a través de tu renuncia, la del Vice y la de Varona, a condición de que inmediatamente se elija un Presidente y se convoque a elecciones antes del primero de septiembre. Creo, además, que si van a disolver el Congreso por extinción de mandatos, sería mejor disolverlo ahora mismo. Sostengo también que esa fórmula debe tener el respaldo unánime de los partidos, incluyendo los ortodoxos.

Carlos Prío pronunció palabras más nobles:

—Eduardo, yo no daré jamás mi renuncia para una mojiganga, y menos si la rechazan los ortodoxos. No quiero que se siga diciendo que yo me puse de acuerdo con Batista.

De improviso, con tono de oráculo, agitando la mano del tiritito, el embrujado Aureliano discrepó:

—Yo no creo que Batista vaya a nada de eso. Es más, si se insiste en la fórmula constitucional lo que se logrará es consolidar el golpe. Y en cuanto a los ortodoxos, ¿por qué hay que contar con ellos?

Pero nadie hizo caso de la objeción, que sabían dictada por el resentimiento. Suárez Rivas continuó argumentando:

—¿Puede alguien negar que el golpe es un hecho consumado? En ese caso, al país no le quedará otro camino que pagar un alto precio por el retorno a la normalidad, pues no pierdan de vista que Batista utilizará los partidos para hacerse Presidente. Aquí no hay más que dos salidas: ir hacia el general o cohesionar lo que se salve del PRC con la Ortodoxia, que será el núcleo vital de la resistencia popular...

Como si en Cuba no hubiera ocurrido nada en las últimas 48 horas, Carlos Prío lanzó una interrogación estratosférica:

—Bueno, ¿y por qué no vienen liberales y demócratas con los auténticos a un frente común?

La invitación cayó en el más absoluto vacío. Andreu llamó. Suárez Rivas habló, pero sin acordarse siquiera de que existían los liberales. Un poco tardíamente vino a darse cuenta de lo que significaba el Partido del Pueblo Cubano, y lo dijo con franqueza:

—La verdad, es, Carlos, que el PRC ha sufrido un golpe muy serio en sus reservas morales. Aquí ya lo único que queda es alinearse con los ortodoxos, los que, a mi juicio, tendrán que revisar sus tácticas, sobre toda la línea de independencia, pues los tiempos han cambiado.

Tras laboriosas consideraciones emergió la fórmula en tres puntos esenciales: designación del nuevo Presidente en un clima de absoluta unanimidad política, elecciones lo más próximas posible y un mínimo de garantías. No era la voz de la resistencia política, sino la de la transacción con el nuevo régimen la que allí predominaba.

Y como siempre Carlos Prío se creyó obligado a lanzar frases

con pretensión histórica, tardías e insustanciales:

—Yo seré adversario de Batista hasta la misma muerte. No he ido a cosas peores porque tengo el afán de salvar a mi país de la violencia. Mañana, cuando todo eso sea un recuerdo, se tendrá en cuenta mi gesto.

La reunión había terminado.

Tras la "Fórmula Constitucional".

El mismo día once, a la medianoche, deliberaban en una residencia del Vedado unas cuantas figuras de la alianza náufraga: Andreu, los hermanos Suárez Rivas, Varona, Lancis, Lago Pereda, "Dieguito", Ncel del Pino, Alicia Hernández de la Barca, Aguilera, Megías y Tejeda Setién. Era un círculo de caras sin esperanza.

El médico de Encrucijada, sabedor de que corrían equívocos rumores sobre su actitud, procuraba disipar la opinión que lo señalaba como un embozado colaboracionista:

—Quiero que sepan que en ningún momento pensé en tomar decisiones por mi cuenta, sin contar con los demás partidos. Por eso me alegré mucho de encontrar en buena disposición a Suárez Rivas.

La alusión, hábil intento de protegerse con el senador villareño, provocó una larga explicación de éste:

—Yo no quiero que en esto haya malas interpretaciones. Como ex ministro del gobierno de Prío y jefe de un partido político aliado a ustedes, opino que no es pesible tomar decisiones sin antes consultar el pensamiento del Presidente. No creo necesario afirmar aquí mi posición tradicional de civilista y hombre de derecho. Yo podía tomar dos actitudes, una personal y otra de carácter colectivo, pero cualquiera de ellas la desenvolveré en un marco jurídico. Y como tengo que darle información a los hombres de mi partido, fui a ver al Presidente Prío, cuyas palabras son muy importantes en este minuto.

Y el timonel liberal transmitió a sus atentos oyentes lo dicho por Prío Socarrás, según aparecía más arriba. Ambos patriotas —Andreu y Suárez Rivas— tenían empeño en salvarse de toda imputación de componenda.

Seguidamente, "Tony" Varona relató la odisea: las arengas baldías a la oficialidad palatina, el pánico y la vacilación que se adueñaron de la mansión ejecutiva en la mañana del lunes diez.

—Cuando no vi posibilidad de resistencia, dije, quedé citado con "Dieguito", pero como él no llegaba, determiné ir hasta Matanzas, donde Martín Elena me comunicó que era inútil, que aquello era una plaza perdida. Luego trabé contacto con Bilbatúa, en Santa Clara, y me dijo que fuera, que todavía se podía hacer algo. Me dirigí a toda máquina hacia Villaclara, pero el automóvil se me rompió en el camino. Cuando pude establecer contacto de nuevo, el coronel me confesó que nada podía hacerse ya. "Resistí hasta la una —me dijo—, pero anunciaron el aumento de sueldo a los soldados y ahí mismo se liquidó la resistencia".

El presidente del Senado prosiguió su perorata, sin conceder la más mínima atención a la llamada "fórmula constitucional" que bullía en ciertos cerebros. Como todos los personajes del régimen depuesto, venía a descubrir ahora sus tachas. Las "calumnias" de la Ortodoxia se

habían convertido en verdades que todos los caciques caídos confesaban sin rubor... pero declarándose cada uno de ellos exento de culpa. El mismo Carlos Prío, apenas llegado a México, habló de la "corrupción auténtica".

—Lo cierto es —constataba Varona— que el PRC perdió fuerza popular por sus errores, por el favoritismo, por todo lo que hemos visto... En este minuto no tengo otro camino que el del decoro. Voy a cambiar impresiones con los demás líderes para trazarnos un plan. Vamos a reunir los tres comités parlamentarios para resistir a este cuartelazo ignominioso...

Ostensiblemente, el camagüeyano concedía honores de resistencia sólo a los tres partidos allí representados —Auténtico, Demócrata y Liberal— pues la actitud de los demás miembros de la alianza, la Cuabandía, el Republicano y el Nacional Cubano, era manifiestamente pasiva, cautelosa, tendiente a la colaboración.

Lancis como siempre, extremó la prudencia:

—Para mí lo inteligente es explorar el pensamiento de los hombres de este gobierno sobre la fórmula. Estoy viendo a Saladrigas, García Montes y Santovenia un tanto marginados de la situación. Ellos podrán tener muy buena voluntad, pero no parecen moverse con facultades.

"Tony", deponiendo actitudes belicosas, aconsejó:

—Sigan ustedes manteniendo sus contactos, que yo voy a comisionar a Tejeda Setién para que vea a Hermida y le comunique nuestro propósito de celebrar una reunión congresional.

Rápidamente, el telegrafista trabó contacto con el nuevo titular de Gobernación, notificándole el proyecto parlamentario. Como era de esperarse, Hermida habló mucho, pero hizo ver claramente que no estaba en sus manos la decisión:

—Yo quiero que usted sepa que el problema del Congreso fue el más discutido cuando se redactó la proclama del nuevo régimen. En el primer momento hubo sólo dos criterios, uno tendiente a la disolución y el otro favorable al mantenimiento. En definitiva se impuso una tesis intermedia: conservar el Poder Legislativo, pero suspendiendo provisionalmente sus facultades y atribuciones. Es decir, que estamos ante un Congreso que no funciona, que no debe funcionar... está mandado a resacas. Esa es la situación. Yo carezco de facultades para autorizar reuniones. De acuerdo con nuestros estatutos, no está en mis manos esa autorización, que estimo necesaria para que se reúnan sin dificultades...

Y después de una pausa:

—Sin embargo, como su notificación me hace presumir la buena fe de muchos congresistas en la busca de una fórmula de solución, yo le prometo hablar con el general en el consejo de ministros de esta tarde. Déjeme su teléfono y le informaré lo que se decida. No quiero engañarlo. Usted sabe que no puedo autorizar reuniones de ningún tipo estando suspendidas las garantías constitucionales.

El representante villareño mencionó entonces las conversaciones que se decían celebradas entre algunas figuras del gobierno depuesto y los doctores Saladrigas, García Montes y Santovenia, recibiendo esta inesperada réplica:

—Permítame que le haga una ob-

servación: ninguno de esos 3 señores tiene facultades para decidir nada, pues inclusive se han negado a colaborar con el gobierno desde posiciones responsables. Eso debe de ser una gestión privada de ellos. Creo que el pensamiento del actual gobierno está traducido impecablemente en la proclama que suspende los fueros y privilegios del Congreso.

Cuando Tejeda regresó al seno de la reunión permanente de legisladores aliancistas, ya "Tony" Varona, indiferente a las rémoras opuestas por el régimen, había librado la convocatoria para abrir la legislatura el lunes 17. En realidad, nadie sabía a qué atenerse. Muchos confiaban en que los 2 hábiles prestidigitadores del PD, Andreu y Rodón hallaran una salida, o más bien un puente entre sus obligaciones de partido y su anhelo de salvación burocrática. Del régimen, fenecido nadie se acordaba ya. Había mucha impaciencia por el porvenir, para pensar en lo pasado.

Por los pasillos de la residencia de Andreu iban y venían nerviosos, confusos, como pisando una tembladera, los Martínez Fraga, Camejo, Galeote, Zayas Bazán, Milanes Tamayo, Mario Pino, Zaydín, Pérez Espinós, Del Busto, Alicia Hernández, "Pepón" Alberni, "Pepe" Suárez Rivas. Un hombre delgado —e irónico— el representante comunista Escalante— resumió el sentido de las inquietudes de sus colgas:

—Señores, esa fórmula constitucional que ustedes buscan se me parece al intento de resucitar a un decapitado pegándole de nuevo la cabeza...

Sin orden ni concierto, ese mismo día quedó trazado el plan: convocar públicamente al Congreso para la apertura legislativa, comisionar a Zaydín, Armengol y Martínez Fraga para redactar un documento repudiando el golpe militar y mantenerse todos expectantes.

En la misma residencia —cuartel general de los aspirantes a sobrevivir— ocurrió el episodio siguiente, donde se probó que el andar del tiempo iba cercenando esperanzas y dando aliento a los que ansiaban transigir con el nuevo equipo gobernante.

Mientras Zaydín, con manía profesoral, no cesaba de hacer correcciones al documento público en ciernes, como si el escrito sirviera para darle realidad a la ficción de una unanimidad parlamentaria que no existía, el resto de los congresistas reunidos se llenaba de alarma ante la noticia de que numerosos representantes auténticos estaban llegando al domicilio de "Arturito" Hernández Tellaheche con ánimo de oponerse a las gestiones de Andreu, Rodón y Suárez Rivas.

Pronto comenzaron los disparos verbales entre las 2 residencias, que sólo discrepaban en la medida relativa a su acercamiento a la Ciudad Militar, pues mientras los jefes de partidos querían usar la carta parlamentaria para su intento de resistencia cuyos alcances no estaban bien definidos, los representantes auténticos se sentían desconfiados de esa maniobra... o más bien de los que la propiciaban. Uno de ellos, el cetrino D'Roux, antes de celebrarse una reunión tumultuosa en casa de "Arturito", cursó un recado amenazador a la casa de Andreu:

—No estamos dispuestos a facilitar fórmulas que no sean discutidas previamente entre nosotros. Por nuestra cuenta, seguiremos consi-

derando la grave situación nacional.

Y ya en asamblea, tanto D'Roux como "Arturito", Gerardo Pérez, Carbonell Alsina, Mario Pino, Menelao Mora, etc., discutieron el turbio panorama político. Pronto se distinguieron 2 grupos: el de los claudicantes y el de los rebeldes. Los primeros iniciaron el capítulo de quejas. El oriental Mario Pino puso sobre el tapete la situación de los alcaldes de su región y de la camagüeyana:

—Tienen de una parte la amenaza de ser barridos y del otro lado el pase para la Ciudad Militar. Yo, personalmente, tengo que solucionar el problema de 3 alcaldes de mi provincia.

Pablo Martínez Carvajal exhibió un conflicto similar. Y el celeberrimo Virgilio Pérez, que estaba en trámites para el diálogo con Batista, propuso que se dejara en libertad de acción a los mayores de tierra adentro, para que decidieran por sí mismos su suerte. La ideología andaba por el suelo.

Dicha postura fué rechazada por "Piro" Pendás —único senador presente—, Menelao Mora, Carbonell Alsina y el mismo Pino. El primero fué radical:

—¡Todo menos aceptar la dictadura! Esa fórmula es indigna y no encontrará a nadie en disposición de aceptarla.

A lo que D'Roux, en papel de oveja negra, objetó taimadamente:

—Caballeros, la realidad es la realidad. Hay una situación de fuerza y no debemos exagerar los pronunciamientos. Es más, yo propongo sugerirle fórmulas al gobierno.

Desdichadamente para él, llegó en aquellos momentos el impetuoso "Tony" Varona y lo atajó:

—Nosotros no tenemos que proponer nada. Si ellos quieren fórmulas, que las ofrezcan. Nosotros somos constitucionalistas. Esa es nuestra única postura.

Y exhibió el documento que acababa de aprobar el ejecutivo del PRC. Volvieron a dividirse las opiniones: D'Roux, Tejeda y otros lo hallaban demasiado fuerte; Megías, Carbonell y Alsina, lo aprobaron. El ex ministro de Comunicaciones —otro auténtico convencido después del 10 de marzo de las faltas de su gobierno— confesó:

—No se puede hacer mucho ya de nuestro partido. Estamos sufriendo lo que sembramos. Se cometieron demasiados errores. Ahora sólo nos queda pelear, y yo no vacilaré.

Y Carbonell Alsina:

—Nuestra línea es una sola, la del decoro. Quien se respeta a sí mismo no puede colaborar con la gente que ahora gobierna.

Pero D'Roux se mantuvo como el paladín de la transigencia, inventando inclusive argumentos que no se atrevía a sostener en público el naciente régimen:

—Caballeros, no pierdan de vista que el golpe ha sido contra el régimen político. En consecuencia, aquí nada existe, ni siquiera los comités ejecutivos de los partidos. Entonces, ¿para qué mantener el nuestro?

Era la actitud más derrotista que cabía imaginar. Enfurecido, Varona defendió las facultades del organismo que presidía en ausencia de Prio y logró un acuerdo por el cual 6 congresistas, uno por cada provincia, laborasen junto al ejecutivo nacional. Y aún D'Roux, indiferente a la decisión, seguía manteniendo la protesta:

—A nosotros no nos interesan ni los líderes ni los jefes de partidos.



EN LA TUMBA DEL LIDER

El pasado domingo día 16, en ocasión de cumplirse el séptimo mes de la muerte de Eduardo R. Chibás, centenares de simpatizadores del gran líder desaparecido se congregaron ante su tumba en el cementerio de Colón para rendirle tributo de fidelidad y respeto. En el acto, de una sencillez impresionante, se pronunciaron palabras de emocionada recordación y se depositaron flores sobre la tierra que guarda los restos mortales del honesto, valiente e insobornable hombre público.

Está bueno ya de que sigan mandando los que nos condujeron al fracaso, precisamente a esta situación. Hay que tomar otras medidas.

Iban a retirarse todos, cuando un carro perseguidor de la policía les cortó la salida. Un sargento y 3 vigilantes, con las armas apercibidas, cerró el paso al nutrido grupo de legisladores, del cual surgieron voces pacíficas:

—Ya nos íbamos, esta es una reunión de congresistas para discutir la situación actual.

—Está bien, dijo impertérrito el sargento, pero no se muevan de aquí. Voy a llamar al comandante.

Instantes después, llegaba un carro-jaula de la Policía Nacional en busca de los legisladores. Indignado, "Dieguito" estableció formal protesta:

—Oígame, sargento, esto no puede ser. Nosotros tenemos aquí nuestras máquinas y ninguno va a fugarse. Seguiremos con usted hasta el Buró, y no habrá problemas.

Petición inútil. Senadores y representantes tuvieron que obedecer. Despectivo, un policía se dirigió al grupo:

—¿Ustedes son los que van a viajar? A ver, pónganse en fila.

Y uno tras otro, los parlamentarios desfilaron contritos hacia el vehículo infamante. Sólo estuvieron media hora en el Buró de Investigaciones, hasta que el oficial de guardia les dijo secamente, sin excusas:

—Hay órdenes del coronel Saías de ponerlos en libertad.

Otra vez en el Exilio

El jueves 13, a las 8:30 de la mañana, abandonó el Presidente constitucional de Cuba la embajada de México, rumbo al aeropuerto. Lo acompañaban su esposa y el embajador Benito Coquet. Sobre el auto charolado era una rúbrica de amparo la bandera mexicana.

Los autos seguían al principal, conduciendo a los ex ministros Sánchez Arango y Curti, con sus esposas, a las 2 pequeñas hijas del doctor Prio y a los funcionarios del Protocolo, portadores de la documentación diplomática. Y la caravana, envuelta en un despliegue de fuerzas armadas y carros perseguidores, tomó hacia Rancho Boyeros. Una hora después alzaba el vuelo el avión XA-JOS, de la Compañía Mexicana de Aviación, con el grupo de exilados, después de cerciorarse el diplomático azteca de que todas las formalidades del caso habían sido respetadas.

Abajo, en tierra cubana, la ausencia del Presidente dejaba una estela de confusión en sus adictos y familiares, de preocupación personal en no pocos de sus compañeros de partido y de frustración en el pueblo.

Inmediatamente tras cenaron detalles enojosos para el prestigio del mandatario depuesto. Se supo que tanto él como los ex ministros Curti y Rubén de León se habían

pasado buena parte de la noche anterior a su partida jugando al billar, pese a la dramática situación personal y política que atravesaban; también se informó que había sido visita de la residencia mexicana el doctor Valentín Arenas, abogado del Banco Gelats, nombrado apoderado del doctor Carlos Prio para formalizar la transmisión de determinados bienes de éste.

Sin embargo, Carlos Prio había dedicado al sentimiento su margen propio. Se le había visto llorar sobre el hombro del periodista Luis Ortega, de Prensa Libre, en el último minuto de su estancia en suelo patrio. Y como sus intereses personales quedaban garantizados, había que achacar tal aflicción a causas más respetables.

El mismo jueves, el Presidente derrocado concedió a la Prensa Asociada, en su suite del hotel Reforma, ya en Ciudad México, su primera entrevista. El cable subrayaba el aspecto de Prio Socarrás —delgado, cansado, deprimido— y sus declaraciones más importantes. Según él, el movimiento que lo privara del poder carecía de toda proyección doctrinal. "No es más que un golpe militar, en el cual el caudillo toma el poder para sí y divide grados y mandos entre sus simpatizadores". Agregó con firmeza:

—Me preocupa el futuro de mi país. Necesitamos 20 años para desarrollar nuestras instituciones. Ahora ha vuelto a quebrar ese ritmo un hombre ambicioso, quien además de tomar el poder ha suscitado los más burdos apcticos entre los oficiales del Ejército de baja graduación que le respaldaron.

En cuanto a su propio gobierno, "había respetado las libertades". Negó la imputación de Batista sobre el proyectado golpe de Estado que dijo haberse incubado en el círculo gubernamental para una fecha posterior en 35 días a la de la subversión castrense y aclaró que no se proponía llevar su caso a la Organización de Estados Americanos, ni propiciar conspiración alguna en detrimento del nuevo régimen implantado en la isla natal. "Sea aún el Presidente constitucional de mi país", hizo constar en conclusión.

CPS agradeció la gentileza mexicana, tanto oficial como privada, que lo rodeó desde el primer momento de su arribo, haciendo una sola excepción con los comunistas del país vecino, cuyos conatos de agresión política a su persona —abortados por la intervención de las autoridades aztecas— coincidían con la actitud tibia y cautelosa de los marxistas cubanos frente al nuevo régimen.

El lunes 17, el Presidente voló a Miami, donde tuvo lugar una reunión de las principales personalidades civiles y militares del gobierno depuesto. En torno al atuendo severo y el semblante triste del doctor Prio cambiaban impresiones el Vicepresidente Alonso Pujol, Aureliano Sánchez Arango, Rubén de León, el general Cabrera y Antonio Prio. Luego, con sobriedad que traslucía cansancio, el mandatario exilado dijo a la prensa internacional:

—Recomiendo a todos los cubanos que resistan por medios civiles a ese acto de violencia que ha roto el ritmo del gobierno e interrumpido el progreso de Cuba... Pido a todos los cubanos —y el 90% de ellos es contrario al golpe de Batista— que no tomen medidas violentas... La acusación de Batista de que yo proyectaba realizar un golpe de Estado similar para el 15

de abril es otra tentativa para justificar su crimen...

El doctor Alonso Pujol no produjo declaraciones. Tal vez creyó que bastaba con el documento, realmente ejemplar, entregado por él a la prensa cubana horas antes de salir hacia Miami con toda su familia, inclusive sus nietos; prueba evidente de que el Vice resolvía trasladar al extranjero —meta final: Europa— la órbita de sus asuntos y que tanto él como sus allegados se disponían a comer juntos, por tiempo indefinido, el pan de la emigración. En realidad, algo más que pan, pues el epicúreo personaje conservaba intactos sus cuantiosos ingresos, suficientes con exceso para nutrir familias mayores que la suya.

Ello no impedía que el inventor del "permanente renuevo", en su comunicación "al honorable Congreso", perfilara en tono elevado y ceñido la más atinada crítica de la situación recién creada, lanzando un dardo oblicuo, pero certero, a las pretensiones de legitimación constitucional que incubaban legisladores del régimen derrocado:

—Los principios democráticos constitucionales —sentaba— han sido violados, al convertirse una Junta Militar en fuente creadora del Poder Público. Ante este suceso, no alcanzo a comprender de qué modo inmediato podrá restablecerse el ritmo jurídico abruptamente quebrantado.

—La rebelión del 10 de marzo representa el predominio de lo arbitrario sobre el derecho, la transformación en un partido, o más, de las milicias llamadas a defender y respetar siempre los fueros de la Constitución y de las Leyes. Y, por otra parte, tales hechos, a mi juicio, carecen de rango revolucionario, en el noble sentido del vocablo.

—Y no importa que, a mis luces jurídicas, resulte imposible hallar una fórmula de normalidad que no se asiente en el íntegro respeto a la Carta Magna y en el pulcro ejercicio de todos los derechos democráticos, que sería tanto como pedir a quienes de facto están mandando que devuelvan al pueblo sus leyes y su soberanía nacional conculcada. Porque, en definitiva me sentiré muy satisfecho si estas sencillas verdades que ofrezco al Parlamento sirven de estímulo y avivan la responsabilidad en logro de la paz, la civilidad, la libertad, la concordia, la legalidad y la restauración democrática, que es el gran anhelo de todos los cubanos, que hoy —absortos y entristecidos— lo piden en silencio o en tono menor, y que mañana, si fueran desoidos, lo reclamarán y exigirán con el valor, el sacrificio y el coraje que han caracterizado a nuestras grandes reivindicaciones históricas.

Por supuesto, simultáneamente, GAP facilitaba cualquier solución haciendo constar su renuncia.

Una Esperanza Frustrada

En el curso de la semana anterior fueron disolviéndose, hasta cesar por completo, las esperanzas que un grupo numeroso de congresistas —precisamente, los que más adictos habían sido al régimen constitucional derrocado— concibieron para avenirse con la nueva situación.

Mientras dichos políticos se afanaban para propiciar la llamada "fórmula constitucional" —puente resbaloso y contradictorio entre sus personales intereses y la ciudadanía militar—, el avisado periodista Rafael Esténger había palpado las es-

casas posibilidades del intento. El martes 11, un breve diálogo con Batista lo puso al tanto de la hora que se vivía.

Se agitaba inquieto el general en medio de un torbellino de voces, recados y llamadas telefónicas cuando RE inició su sondeo profesional, recibiendo esta respuesta:

—¿Ve eso que está allá afuera y que nos rodea? Es el pueblo armado, son los soldados y yo no puedo fallarles. Es muy temprano todavía para los políticos...

Y cuando un prominente jerarca paupista, Jorge García Montes, lo abordó en igual sentido, Batista suspendió un instante el contacto con los teléfonos para manifestarle:

—Nada puedo decirte por ahora, "Yoyo". A lo mejor, si te digo ahora que sí, mañana tendré que decirte que no...

Eran frases significativas, probatorias de que el jefe del nuevo gobierno estaba aún en una etapa de tanteo y de consolidación.

Entre el viernes y el domingo se convencieron, al fin, los políticos de que estaban trabajando sobre bases falsas. Hasta el ágil terrateniente pinareño José Raimundo Andreu se declaró fracasado. Empezaron a comprender que las primeras declaraciones favorables al plan, emitidas por el rector de Justicia, Miguel Ángel Céspedes, había sido para ganar tiempo.

El mismo "Yoyo" García Montes resignó su rol de amigable componedor. Hablando con Lancis y Bisbé, el primer vicepresidente del PAU justificó su difícil posición:

—Yo soy, como lo he sido siempre, un hombre de derecho, de firmes convicciones constitucionalistas, pero hay un hecho evidente: que el golpe de Estado está ahí, consumado... No he querido formar parte del gobierno esperando que esto tome otro sesgo. Cuando leí las declaraciones de Hermida contra el Congreso pensé renunciar a todo, pero me detuvo esta reflexión: ¿acaso Batista no es senador?

Y en charla con un emisario de esta Sección fué menos sofisticado y más concreto:

—Otra cosa que mató de entrada la fórmula constitucional fué la precipitada carrera de muchos congresistas a Columbia.

3 figuras muy conocidas y ligadas a los gobernantes depuestos el 10 de marzo —Inocente Alvarez, "Santiaguillo" Rey y Virgilio Pérez— habían sido en esos días visitantes amigables de Batista, sin poder sacarle tampoco soluciones precisas sobre el magno propósito de supervivencia que les inspiraba.

En la tarde del lunes 17, un grupo limitado de legisladores hizo acto de presencia frente al Capitolio, respondiendo a la convocatoria del rector del Congreso. Horas antes, en un lugar del reparto Miramar, se habían reunido los líderes parlamentarios auténticos, ortodoxos y liberales —pues, aunque citados, faltaron los de la Cubanidad, republicanos y comunistas— y discutieron la ponencia que se había preparado. Pelayo Cuervo y Manuel Bisbé, apenas la leyeron, pidieron a Lincoln Rodón que suprimiera la

referencia a las gestiones sobre la fórmula constitucional y que en su lugar incluyera una excitación al Poder Judicial y a los tribunales de Cuentas y de Garantías Constitucionales para un enjuiciamiento del golpe.

Toda la capital estaba esa tarde pendiente de lo que ocurriera alrededor del militarizado recinto legislativo. Poco antes de las 4 p.m., un grupo de congresistas se distribuyó en los portales fronterizos al Capitolio. Los legisladores ortodoxos de ambas Cámaras respondieron a la llamada del deber. No así la gran mayoría de los auténticos, de la cual sólo compareció una docena, pese a las instrucciones recibidas de "Tony" Varona.

A las 3 y 45, hora de la convocatoria, senadores y representantes avanzaron en sendos grupos hacia sus cuerpos respectivos. Por supuesto, no todos guardaban el mismo orden de marcha. Algunos, más audaces, se adelantaron a sus compañeros: fueron Luis Orlando Rodríguez, Saumell, Pardo Llada, Bisbé, Nazario Sargen, Félix Martín... rectos hacia la puerta de la Cámara. Luego se les unió un núcleo del PRC, salvando las graderías hasta penetrar en los jardines.

Un soldado —casco de guerra, fusil terciado, voz conminatoria— les dió el alto:

—¡Atrás, o disparo!

Bisbé habló por todos:

—Somos legisladores del pueblo y venimos a cumplir con nuestro deber. Hemos sido convocados por el presidente del Congreso.

Moviendo de un lado a otro el rifle, el militar se limitó a decir:

—Yo cumplo órdenes. ¡Atrás!

Veíase apercibido a disparar. Entre el grupo de representantes y el soldado mediaban apenas 2 o 3 metros. Súbitamente, Luis Orlando Rodríguez se adelantó a sus compañeros, avanzando unos pasos y diciendo:

—¡Nosotros somos fieles al mandato popular y su deber es dejarnos pasar!

Una tensión peligrosa se iniciaba. LOR avanzó otro paso, se abrió el saco y gritó:

—Tira de una vez...

Rápidamente, sobreponiéndose al temor, Carbonell Alsina se abalanzó sobre Luis Orlando y logró sacarlo de la zona prohibida. Un concierto impresionante de disparos se alzó sobre los congresistas. Los soldados dispersos en torno al Capitolio tiraban al aire, con la evidente intención de amedrentar a los legisladores. Senadores y representantes retrocedieron —algunos con más rapidez que otros— volviendo a los portales de la acera de enfrente. Allí estaban Pelayo Cuervo, Alvarez Bacallao, Varona, Casabuena, Zaydín...

De regreso al Arco del Pasaje, Luis Orlando se subió a una tarima de las que utilizan los músicos e improvisó una arenga:

—¡Ciudadanos, hemos venido a cumplir con el deber que el pueblo nos asignó!

Casi en esos mismos instantes un importante viajero descendía del avión en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Se trataba del senador auténtico Miguel Suárez Fernández. Algunos se asombraron de verlo al punto rodeado de un destacamento militar, y pensaron ingenuamente que iba preso. La realidad era otra: los soldados asumían una discreta función protectora. Es más, un ayudante del general Batista saludó en nombre de éste a MSF, acompañándolo a la Ciudad Militar.

Pocos sabían que 2 días antes de

en CUBA



SORPRESA.

por HERCAR

—¡Caramba, me parece que ese bombín era visita de Palacio últimamente!

su regreso, el villareño Mario Cobas Reyes había sostenido un diálogo con "Yoyo" García Montes, asegurándole que los miguelistas, siguiendo instrucciones de su jefe, no acudirían a la apertura de la legislatura ni suscribirían documentos hostiles al nuevo gobierno.

Y como en días mejores —"Aquí no ha pasado nada", comentaba Vasconcelos en Alerta— la residencia del doctor Suárez Fernández volvió a ser el centro de reunión de legisladores y políticos, esperanzados en que el estratega placeteño condujera al disperso PRC hacia la "solución patriótica".

Adictos de "Miguelito" habían ya situado en sitios céntricos de la capital enormes vallas con la efigie de su líder y un lema de consumada oportunidad: "Con Miguel Suárez, un paso adelante. Por la unidad de los cubanos".

Pelayo Cuervo detuvo su automóvil frente a una de esas vallas y exclamó:

—¡Este Miguel es demasiado Miguel! No se da cuenta de que la custodia militar y la entrevista con Batista lo invalidan para producir la reestructuración del PRC o fórmulas nacionales...

Claro está que algunos políticos cercanos al círculo gobernante pensaban distinto. Por ejemplo, su vecino Anselmo Alliegro, quien no ocultaba sus esperanzas de ver al ex zar de Las Villas trasquilando al PRC en beneficio de Batista.

Al cierre de esta edición, eran muy pocos los políticos aliancistas que se disponían a recorrer el pedregoso sendero de la oposición.

Para sorpresa de muchos, no eran los compañeros de partido del Presidente depuesto los que protestaban del golpe, sino sus adversarios de la Ortodoxia, ganándose con ello numerosas, aunque breves, detenciones, principalmente el candidato presidencial del PPC, Roberto Agramonte.

La Opinión de los Partidos

Resulta interesante examinar el criterio oficial de los partidos políticos, en relación con la realidad creada por el golpe de Estado. Por ejemplo, no faltaba la nota oportunista, acomodaticia, ofrecida por el minúsculo Partido Republicano, pariente pobre de la disuelta alianza gubernamental, que fué beneficiario del régimen depuesto y que hasta la víspera del día 10 mendigaba el calor de la Cordialidad en las nominaciones senatoriales. A pesar de ello, el presidente del comité ejecutivo nacional, "Pepón" Alberni, no tenía empacho en expresar:

—El PR declara... que el movimiento revolucionario triunfante bajo la jefatura del actual Primer Ministro del gobierno, general Fulgencio Batista, no sólo encarna, por su contenido y proyecciones, hondos anhelos ciudadanos de paz, trabajo y seguridad social; sino que recogiendo también las más sentidas aspiraciones del pueblo cubano, ha puesto fin, clausurándola definitivamente, a toda una época de lastimosos desaciertos y culpables errores...

Naturalmente, se apresuraba el jefe del hipotético PR a señalar una supuesta independencia en cuanto a la alianza y sus contactos con el PAU, para justificar su presente posición de respaldo al gobierno de facto. Asimismo se mostraba propicio a cualquier salida constitucional de la crisis por vía parlamentaria, siempre que las gestiones se desarrollaran "sin partidismos ni ofuscaciones sectarias, y sobre todo, sin precipitacio-



JUGANDO CERCA.

por SILVIO

—¡Vamos a ponernos cómodos, porque creo que esto va pa largo!

nes, mediatizaciones o exigencias improcedentes que obstaculizarían su éxito final, a cuya consecución debe darse todo el plazo de tiempo que sea prudente y necesario".

Envuelto en la túnica patriótica, "Pepón" abogaba porque no hubiera "ni vencedores ni vencidos", por "un espíritu de concordia, de fecundo y noble trabajo", y con manos a la obra, advertía el acuerdo del PR de "mantener los actuales contactos y relaciones con el PAU a los efectos de formalizar una entente político-electoral..."

Otro equipo político integrante de la alianza— aunque de última hora— el Partido Nacional Cubano, mantuvo otro tono en una declaración que apareció suscrita por la asamblea nacional, los organismos provinciales y municipales y los jefes de términos, aunque sin estar avalada por nombre propio alguno. El documento se abstiene de enjuiciar la nueva situación, limitándose a respaldar a Nicolás Castellanos en cualquier pronunciamiento que hiciere o actitud que adoptare, como líder del PNC, y a apoyar su derecho a permanecer en el cargo de alcalde de La Habana, "para el cual fué limpiamente elegido en elecciones que marcaron época en la historia política de Cuba".

—Estimamos— afirmaban— que el manifiesto explicativo dado a conocer por el general Batista al pueblo de Cuba en el que puntualizaba los motivos que tuviera para realizar el golpe de Estado que derrocó al régimen de Carlos Prío Socarrás, figurando entre ellos el peculado, el gangsterismo, la falta de autocracia, etc. no le alcanzan ni pueden alcanzar en manera alguna a la actuación limpia, honesta, responsable, ponderada y constructiva de Nicolás Castellanos...

En definitiva, el PNC solicitaba la reconsideración del decreto que destituyó al mayor capitalino, pero no exteriorizaba la menor preocu-

pación por el destino nacional ni por la dramática realidad institucional del país. Como el cronista político de El Mundo, Carlos M. Lechuga, subrayara tal anomalía, el alto dirigente del PNC y vicepresidente renunciante de la República, Guillermo Alonso Pujol, significó al sagaz periodista, antes de embarcar:

—Ignoro la autenticidad del documento que se dice suscrito por el Partido Nacional Cubano. Un sentido de decoro y responsabilidad me hace mostrar mi total inconformidad con su texto.

La declaración oficial del ejecutivo del PRC ya fué otra cosa. Firmados por Hevia, Lancis, Varona, Alvarez Díaz, Carbonell, Alicia Hernández, Casado, Mendiola, Pérez Espinós, Rubio Padilla, Sorondo, Hernández Tellaheche, Rivero, Butari, Concha Setién, Maceo, "Paco" Prío y Tejera se consignaban, entre otros, los siguientes acuerdos:

—Rechaza y condena el golpe de estado militar realizado por Fulgencio Batista, subvirtiendo para ello todas las jerarquías dentro de los institutos armados de la nación, destruyendo su disciplina y replanteando al país el viejo conflicto que había sido superado, mediante largos e ingentes esfuerzos y sacrificios, de la supremacía del poder militar sobre la Constitución.

—Rechaza y condena fundamentalmente la violación consumada del régimen constitucional cubano y declara que el presidente constitucional de Cuba es Carlos Prío Socarrás, electo por la voluntad popular y cuyo gobierno cumplía la Constitución y las leyes.

El documento no ostentaba la firma de otros miembros del ejecutivo auténtico, como Rubén de León, Gans, Curti y Sánchez Arango, ausentes en Miami, ni la de Mujal, quien expresó, con posterioridad a su entrevista con Batista y consiguiente respaldo, algo que se interpretó como su distanciamiento

definitivo de los cuadros políticos del PRC.

Los demás partidos de la extinta séxtuple alianza —el Liberal, el Demócrata y el de la Cubanía— no habían exteriorizado enjuiciamiento alguno sobre los hechos del lunes 10 y sus efectos políticos hasta el cierre de esta edición de BOHEMIA. Un solo jefe provincial del PL, el ex ministro Zaydín, se atrevió a exponer su criterio al respecto e inmediatamente fué desautorizado por sus compañeros del ejecutivo de Camagüey. Las palabras del profesor de Derecho Mercantil fueron estas:

—He condenado y condeno el golpe militar, que es una subversión sancionada por el Código de Defensa Social, y que sienta un funesto precedente para el destino futuro de Cuba. Lo que se llama gobierno de facto, producto de la fuerza, es ilegítimo e ilegal. Yo no lo acepto ni como senador ni como ciudadano...

Por su parte, las declaraciones y análisis del PPC y del PSP fueron más exhaustivas y medulares, cada cual conservando sus peculiares enfoques de la situación nacional. Así, por ejemplo, en un extenso documento, la comisión ejecutiva de los comunistas criollos —siguiendo su inevitable línea internacionalista— fijó orígenes imperialistas al golpe militar por estimar que la actual política norteamericana tendía al establecimiento de regímenes de fuerza en la América Latina, y tras de sobreestimar la autoridad y significación del PSP, situaba como uno de los objetivos del cuartelazo el evitar la derrota de Prío y Hevia a manos de Agramonte.

Puestos a censurar a todo el mundo, los rojós del patio criticaban al gobierno depuesto y a la Ortodoxia y aseguraban que el naciente régimen no representaba nada esencialmente distinto del de Prío. Como siempre, enarbolaban una serie de consignas de lucha, terminando por reiterar la necesidad de crear un Frente Democrático Nacional.

Más tajante, el manifiesto del Partido del Pueblo estaba concebido bajo el signo dramático del momento cubano. Decían entre otras cosas sus rectores, después de anunciar que recurrirían ante el Tribunal Supremo de Justicia y el de Garantías Constitucionales y Sociales, contra los actos realizados.

—Para que no se pueda acusar a este Partido, sin embargo, de que sólo alza una voz de protesta, sin señalar vía alguna de superación de las presentes circunstancias, declaramos que el Partido del Pueblo Cubano no puede considerar más solución que la siguiente:

1.—La formación inmediata de un gobierno inequívocamente neutral, y por tanto totalmente ajeno a la influencia directa o indirecta de Fulgencio Batista.

2.—El restablecimiento inmediato de todas las garantías constitucionales por ese gobierno.

3.—La convocatoria inmediata, en un ambiente de absolutas garantías, a elecciones para todas las magistraturas políticas nacionales y provinciales que proceda, de manera que puedan ser ocupadas en las fechas que señala la Constitución y la ley por los mandatarios que el pueblo libremente elija.

OBREROS

Las consecuencias del golpe militar en el movimiento obrero fueron acaso lo más sorprendente de la última semana. Muchos espera-

ban que la CTC, incubada a golpes de decreto por los dos regímenes auténticos y regida por un senador del PRC, caería en la trinchera opuesta a los derrochadores del gobierno constitucional. Se equivocaron lamentablemente.

Todo se tramitó en 72 horas. Apenas surgido el movimiento se lanzó la consigna de huelga general. Cayó en el vacío, e inmediatamente se operó el fenómeno contrario: los dirigentes sindicales pactaron sobre la marcha con el nuevo gobernante. Pocas veces se había dado en la historia una rapidez tal de maniobra y una inversión estratégica semejante. No cabía duda: Eusebio Mujal era un maestro del viraje.

En los primeros momentos pareció que el sector del transporte sería un ángulo de resistencia. Calixto Sánchez, Pascasio Lineras, Jesús Artigas, Marcos Hirigoyen, Facundo Pomar aseguraron a Mujal que los omnibus, autobuses y aviones serían paralizados. En la mañana, según regresaban a los paraderos, los "guagueros" dejaban los carros y desaparecían. Pero no pocos fueron detenidos. La policía había ocupado casi todos los paraderos.

Simultáneamente — así fué de metódico el golpe —, las fuerzas armadas ocuparon los servicios telefónicos y eléctricos. Policías y soldados se hicieron cargo de las "guaguas". No hubo violencias.

Las nuevas autoridades querían contemporizar, consolidarse. El nuevo jefe policiaco negoció la liberación de los detenidos a cambio de la normalización del transporte. Inmediatamente la obtuvo.

Cuando Hirigoyen y Pomar fueron puestos en libertad, ya Mujal había trabado contacto con el doctor Jesús Portocarrero, designado por Batista para regir el ministerio del Trabajo. Tan resuelto era su cambio de postura que se negó a firmar un documento suscrito por varios compañeros suyos de partido contra el movimiento. Fundamentó con sofismas su inesperada claudicación:

—Consciente de mis deberes como secretario general de la CTC, di entero crédito a las palabras del doctor Portocarrero, revocando la orden de huelga general cuando se me garantizaron las conquistas sociales y se ordenó la libertad de los trabajadores presos.

Aun descubrió una insospechada afinidad con los nuevos regentes del país: el común empeño anti-comunista. Se comprendía que el avisado senador auténtico habría de ofrecerle al titulado "gobierno revolucionario" seguir desempeñando la misma función que con su antecesor: servir de barrera contra los comunistas en los sindicatos.

Reinaba todavía la confusión en los sectores obreros cuando se produjo el entendimiento entre Mujal y el nuevo rector del Trabajo. El Palacio de los Trabajadores estaba ocupado por las autoridades. Decíase que el Tribunal de Urgencia estaba radicando causa por sedición contra el ejecutivo de la CTC. Pero ya, sigiloso y expedito, el catalán tenía muy adelantado el pacto de no agresión y hasta de defensa mutua con el régimen.

Ello no impidió, sin embargo, que se desarrollara la briosa ofensiva sobre las grandes posiciones burocráticas que detentaron hasta entonces los magnates sindicales adictos a Prio: Javier Bolaños fué destituido de la presidencia de la Caja Ferroviaria; Llovet resultó barrido de la del Retiro Azucarero; Andrés

Soberón, dirigente obrero del PAU, desplazó de la codiciada Dirección General del Trabajo, llave de los conflictos sociales, al auténtico Vega Zamora. Hombres de confianza de Batista escalaron las intervenciones de la COA y de los Ferrocarriles Unidos. En el interior de la República, los paupistas ocupaban los locales proletarios.

Aquí empezaron los apuros de Mujal, quien apenas sosegó la enemistad del gobierno se veía bombardeado desde dentro. Cada perjudicado ponía el grito en el cielo. En el sindicato de la COA, el ejecutivo de la CTC sesionó para discutir las violentas remociones. Impasible, EM argüía:

—Compañeros, lo importante es salvar las conquistas logradas por el movimiento obrero. Hay que defender la personalidad legal de todas las organizaciones sindicales y mantenerse al margen de las alternativas políticas...

Y hablando a los que se quejaban de los asaltos del PAU:

—Portocarrero no se cansa de repetir que el gobierno no meterá la mano en aquellos asuntos que deban resolverse entre los propios trabajadores. Dice que Batista seguirá oponiéndose a la política de asalto a los sindicatos y a los dirigentes impuestos por decreto...

La última frase era un poema, ya que esos dos métodos habían sido los favoritos de los actuales regentes del proletariado. ¿Cómo podían pensar que sus adversarios políticos no los pusieran en práctica? Una entrevista con Portocarrero añadió inquietud a las preocupaciones de Mujal:

—Mantendremos —le dijo el ministro— la política inflexible de que las masas trabajadoras se den sus directivas, en consultas libres y democráticas, y no permitiremos la infiltración comunista.

Pero si se hacía lo primero, ¿podrían mantener los dirigentes de la CTC posiciones que no respondían a la voluntad patente de la masa? Era muy dudoso. Para mayor seguridad, el diestro Mujal se hizo acompañar a la finca "Kuquine". Portocarrero, que lo guió, asistió pasivamente al diálogo entre el general y el presunto dirigente obrero.

Eran dos hombres llamados a entenderse, pero Mujal debería ceder. Alternando la sonrisa fácil con el gesto imperioso, Batista impuso sus condiciones: había que poner fin a las querrelas crecientes entre patronos y obreros, a las demandas reiteradas de aumentos de salarios. Se devolvería el Palacio de los Trabajadores. Subsistían las garantías a la clase proletaria. Finalmente, se pactó una entrevista con otros ejecutivos de la CTC para la tarde del viernes.

En dicho día, comparecieron 18 capitanes del sindicalismo; ayer incondicionales de Prio, hoy dispuestos a negociar con su derrochador. Del grupo sólo conocía Eusebio Mujal a Renfería, Guillermo Mestre e Ignacio González Tellechea, que ya eran dirigentes bajo su gobierno constitucional. No todos soportaron sin rubor las genuflexiones de Mujal.

—Lo que nos anima a esta visita es el deseo de saludarlo y darle las gracias a nombre de la CTC. Creemos que, en definitiva, sobre usted y nosotros —y permitásenos un poco de "lija"— pesa la responsabilidad de servir a la patria, y nos identifica con usted su reconocido amor a los intereses que representa nuestra bandera. Antes de retirarnos deseamos decirle que en esta reunión, un tanto protocolar, se lleva usted de nuestra parte un sentimiento de confraternidad extraordinaria.

El documento que EM puso en



DETENIDO "GUAYO"

A su regreso de Miami, a donde se había trasladado en funciones informativas para su noticiero Radioperiódico, fué detenido el popular "cameraman" "Guayo". La policía se incautó de las películas tomadas por él de los exilados cubanos en la Florida y se le obligó a velar las películas que traía en sus cámaras. Aunque la versión oficial del suceso fué el que "se quería protegerle de una agresión", "Guayo" tuvo que velar los rollos que había traído consigo, operación en la que se encuentra enfrascado en la foto.

manos de Batista contenía siete reclamaciones a cambio de la colaboración con el gobierno de facto: 1) mantenimiento de las conquistas sociales; 2) respeto a los dirigentes obreros; 3) mantenimiento de los representantes actuales en los organismos afines al movimiento proletario; 4) devolución del Palacio de los Trabajadores; 5) relación estrecha entre el Ministerio del Trabajo y la CTC en la solución de los conflictos sociales; 6) ratificación de una rígida política anti-comunista, y 7) garantías a la CTC en los organismos internacionales, como la ORIT y la CIOSSL.

Con voz grave y el gesto de amistosa autoridad que le es conocido, Batista devolvió a Mujal la fraseología diplomática:

—Mucho me complacen las palabras del secretario general de la CTC. Eso revela que los líderes han sabido corresponder sensatamente a la opinión de las masas trabajadoras. Ustedes habrán tenido razones para justificar su conducta (se refería a la orden de paro, pero he visto que han sabido captar con inteligencia la identidad entre mis propósitos y los que alientan las luchas históricas del proletariado. Si antes hubiese contado con la generosa colaboración que ustedes me ofrecen con entusiasmo, ya hubiera resuelto esta situación...

Allí quedó instruido Portocarrero en cuanto a la devolución del Palacio de los Trabajadores y el local obrero de Camagüey, ocupados ambos por fuerzas del Ejército. Y como Mujal mencionara la emisión de bonos hipotecarios para terminar las obras del primer edificio, una frase repleta de intención asomó a labios del general:

—Bueno, menos mal que ya el gobierno no tendrá que costearlas...

Antes de la despedida, Aguirre subrayó la demanda internacional, recordando que Cuba dirigía el movimiento obrero en Sur y Centro América, y que él era secretario general de ese organismo, recibiendo garantías verbales de Batista. Pocas horas después se formalizaba la entrega del Palacio confederal ante el ministro Portocarrero y el jefe policial, coronel Salas. Repitió Mujal las zalemas a los gobernantes de facto y quedó sellada, en términos generales —el futuro diría hasta qué punto— la pacífica colaboración de la CTC con el régimen de origen militar.

Era, a decir verdad, un convenio equívoco, difícil de cumplir por ambas partes, sobre todo, por parte del gobierno. Nadie esperaba que los puntos 2 y 3 fueran respetados. El amago de nuevas elecciones en los sindicatos representaba una amenaza mortal para muchos dirigentes impuestos, y si se impedía al mismo tiempo el acceso de los comunistas a esas posiciones, no se veía otra organización política que el PAU —con toda la fuerza que le daba su integración en el nuevo régimen— para sustituir a los líderes que cayeran por su propio peso. Ahora bien, el partido de Batista no tenía, ni con mucho, cuadros sindicales preparados para esa responsabilidad.

Esta era la situación que ya estaban enfocando con perspectiva ciertas tendencias del movimiento obrero que ocupaban una posición equidistante entre el obrerismo auténtico —representado por la CON— y las temibles reservas comunistas, y que podían aprovechar con habilidad la etapa de transición que se plantearía muy pronto entre el proletariado criollo.

Angel Cofiño, líder de Acción Sindical Independiente, declaraba:

—El ASI estima que es de cuidadosa atención la conducta de la clase obrera hasta tanto las definiciones sean más concretas, evitando a toda costa que se trate de confundir la posición clasista de los reales y efectivos líderes del movimiento obrero organizado.

En igual dirección parecía moverse Vicente Rubiera. Asegurábase que trataba de integrar la Federación Telefónica que regía con el ASI de Cofiño —radicado en Plantas Eléctricas— y con el llamado "sindicalismo revolucionario" de los guiteristas, con ánimo probable de discutir a la CON, en el trance de las elecciones, las posiciones rectoras que le concediera al organismo obrero del PRC el fenecido régimen de Carlos Prío.

UNIVERSIDAD

Los Primeros Diez Días.

La actitud de los estudiantes universitarios a partir del inesperado golpe del día diez fué de notable firmeza, aunque también de cuidadosa vigilancia. Grupos sucesivos de emisarios más o menos autorizados del gobierno depuesto fueron en busca de la FEU —cuyos megáfonos transmitían sin cesar protestas contra el nuevo régimen— ofreciéndole o pidiéndole su concurso, no pocas veces hipotético.

Los primeros en acudir a la colina docente fueron Julio López y Conchita Castaneda, llevando una inverosímil apelación: que los alumnos se lanzaran a la calle. La FEU no tomó en consideración lo solicitado por los visitantes y prefirió dialogar directamente con el Presidente Prío (BOHEMIA, marzo 16).

De regreso al Alma Máter, en espera de las armas que el doctor Prío Socarrás había ordenado remitir a la Universidad y que a la poestre no llegaron, los estudiantes recibieron a un segundo grupo, bastante heterogéneo por cierto. Lo integraban el representante Rolando Masferrer, sus amigos Miguel Angel Hernández, "Cuchifeo" Cárdenas y otros y el equivoco español Valentín González (a) El Campesino. Llegaron, desde luego, convenientemente armados.

—Venimos a defender la Constitución, la República y las libertades democráticas, comunicó enfáticamente el sublíder parlamentario auténtico a los de la FEU.

Hubo un momento de vacilación. Luego, el dirigente estudiantil José Hidalgo ripostó:

—Bueno, si es así, la mejor forma en que ustedes pueden contribuir a preservar la autonomía universitaria es abandonando la colina, pues si permanecen aquí pronto tendremos a los tanques atacándonos.

Trabajo costó que los visitantes dejaran el lugar, más al fin se retiraron, prometiendo volver.

Luego llegó una comisión de la CTC, integrada por Hirigoyen, Balbuena, Powell y Pomar. Tras breve discusión acordaron decretar un paro general para las cuatro de la tarde, sincronizado con la protesta estudiantil. Pero a esa hora surgió una imprevista rectificación:

—Algunos líderes sindicales, con Mujal a la cabeza, están en contacto con el nuevo gobierno.

La tercera frustración vino del campo veteranista. Un grupo de mambises se presentó al centro docente ofreciendo acampar allí con tiendas de campaña, solidarizándose con los alumnos. Pasó algún tiempo y la radio informó:

La FIGURA de la SEMANA



BENITO COQUET RAÚL OSEGUEDA

y Guatemala, Benito Coquet y Raúl Osegueda. Ambos diplomáticos, actuando como personeros de sus respectivas naciones, han encarnado y encarnan aún algo que en el concierto civilizado resulta indispensable y que vale defender hasta el fin: el derecho. En este caso, un derecho específicamente latinoamericano: el de asilo, que protege y ampara por igual, con independencia de sus tendencias políticas, a todo ciudadano cuya seguridad personal luzca en peligro, y que no discute al demandante que toca a la puerta de una embajada extranjera la humanísima prerrogativa del refugio.

Puede afirmarse, para satisfacción de los cubanos, que en nuestro país ha funcionado siempre, como una tradición invariable, el respeto al derecho de asilo. Ningún régimen, por ilegítimo que fuera —desde la época sombría del machadato— lo ha desconocido. De ahí que Cuba, con plena autoridad, interviniera recientemente en defensa de ese derecho cuando el gobierno usurpador y anti-democrático del Perú lo negara incivilmente al insigne Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador y líder máximo del aprismo en la hermana república. Pretendió y sigue pretendiendo la dictadura militar peruana que le corresponde calificar el hipotético delito del asilado, con lo que discute la esencia del derecho de asilo, y fundamenta en esta absurda pretensión la negativa a otorgar el salvoconducto. No ha sido esta la postura de Cuba en ningún momento: tanto en pasadas épocas como en el presente, los gobiernos de facto sobrevenidos en nuestro suelo han admitido, como es tradición y ley internacional latinoamericana, que sólo a la nación asilante pertenece esa calificación, lo cual libera automáticamente al refugiado de las posibles arbitrariedades interpretativas del régimen imperante en su país.

BOHEMIA, cuya independencia respecto a toda situación de gobierno, legítima o no, nadie se atreverá a discutir, se felicita de que las nuevas autoridades del país hayan respetado y continúan respetando la humanísima y culta prerrogativa del asilo, complementada con el requisito esencial del salvoconducto, y rinde a los doctores Coquet y Osegueda, representantes de dos repúblicas fraternas, un saludo de respeto.

—Una comisión de veteranos acudió a Columbia a entrevistarse con Batista. La encabezaba el general Enrique Loynaz del Castillo.

Dos figuras se destacan, con relieve indiscutible, en el vacío legal abierto en Cuba desde el 10 de marzo: las de los representantes de México y

Una reunión conjunta del Consejo Universitario y el ejecutivo de la FEU acordó suspender las actividades académicas mientras no fue-

ran restablecidas las garantías constitucionales. Por la noche, después de impedir un intento de los estudiantes comunistas, que pretendieron apoderarse de la dirección del movimiento, la colina quedó cercada por fuerzas del ejército, cortado el servicio de agua y de teléfono. Parecía intentarse rendir por hambre a los protestantes, pero, estos no cedieron.

Fiel a su actitud prudente, el gobierno de facto alternó dichas medidas de orden público con una declaración respetando la autonomía universitaria. Seguidamente, envió al doctor Avellanal con una oferta:

—Se podría destituir al Consejo y formar un gobierno de profesores y alumnos que acometa la reforma universitaria. Además, el gobierno ofrece diez millones de pesos para construir la ciudad universitaria... que serían administrados exclusivamente por ustedes...

Los líderes estudiantiles replicaron:

—¡Haga el favor de abandonar inmediatamente la Universidad, que nosotros ni nos rendimos ni nos vendemos!

Ya la FEU había acordado solicitar la expulsión de los profesores del Alma Máter que aceptaran cargos en el gobierno de facto.

En horas de la noche del jueves se recibió la noticia de que Ernesto de la Fe, ministro de propaganda de Batista, solicitaba un cambio de impresiones con la FEU. Se aceptó a condición de que asistiera solo a la entrevista y que ésta se celebrara en el primer peldaño de la escalinata.

—Quiero que sepan —dijo EdelaF— que Batista reconoce el gesto cívico de ustedes y que es la única organización a la que acepta condiciones. Sólo deseamos que no entorpezcan la paz pública y que respeten las leyes.

—No defendemos a Prío, alegó un dirigente universitario, sino a la Constitución y las leyes que han sido violadas por el nuevo gobierno.

—Pero los amplificadores que ustedes usan mantienen al pueblo en agitación y ponen en peligro la paz pública...

—Sobre eso debe usted recordar —replicó Alvaro Barba— que a través de esos mismos amplificadores, Ernesto de la Fe, no el ministro de propaganda, sino el periodista, se ha dirigido al pueblo en otras ocasiones en demanda de sus derechos.

No hubo acuerdo posible, y el ministro se retiró. Todavía los estudiantes rechazaron una nueva gestión conciliadora; esta vez de Carlos Bustamante, delegado político del PAU ante el Tribunal Superior Electoral.

Al mediodía del viernes se produjo una falsa retirada de la fuerza pública que cercaba la colina. La masa estudiantil aprovechó la tregua para obtener alimentos y agua y para llenar de letreros opositoristas todas las paredes cercanas. Tiempo después, el cerco militar fué restablecido.

El sábado — los amplificadores seguían gritando la protesta, — los líderes de la FEU colocaron en el rectorado una bandera gigante sujeta con un crespón de luto. A las seis de la tarde, tal como lo había solicitado el Consejo Universitario, se marchó de veras la tropa. Fué una retirada pacífica, ilustrada con mutuas exclamaciones. Los soldados, sonrientes, comentaban:

—Nos vamos contentos, porque no ha habido incidentes que lamentar.

Y los estudiantes:
—No cejaremos en la lucha contra este gobierno y en defensa de la Constitución.